

# Leticia Bianca

Cama adentro



AdN

**Leticia  
Bianca**  
Cama adentro

**AdN**

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Leticia Bianca, 2024

por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)



ISBN: 978-84-10138-50-6

Depósito legal: M. 13.216-2024

Printed in Spain

*Para Gianni*



*En el sueño yo estaba aquí y Ud. me mostraba esas lámi-  
nas con manchas de tinta impresas,  
que antes se usaban para tests, simétricas, ¿se acuerda?  
Y en el sueño eran todas mariposas, ninguna entera, todas  
tenían algún defecto,  
y claro, repetido el defecto de los dos lados, porque son  
manchas de tinta simétricas.  
Las alas estaban siempre rotas.*

MANUEL PUIG, *The Buenos Aires Affair* (1973)



PRIMERA PARTE  
Enero 2003





# 1

---

Escuchá, es así: si lo querés escribir te lo cuento todo, desde el principio hasta el final, como una película. Tendrías que mejorarlo un poco, porque la forma en la que lo sé es un lío, se me mezclan imágenes, cosas, ideas que quizás fueron de una manera pero da lo mismo porque son así o al revés. Mejor escribilo todo seguido y listo. Lo que te digo es que hay algunas situaciones que me vienen como si hubieran sido hoy y otras que no me las acuerdo bien, pero me las sé de memoria. También debe haber locuras que soñé y pienso que son así, pero igual no. Lo que no pasó lo inventás, pero lo que te voy a contar, si lo escribís mientras te lo voy diciendo, es como si miraras una de esas películas de amor, de traición, de quién mató a quién.

Todo empezó cuando la señora Rosario me dijo que buscaban a alguien en la casa de al lado, la de los Montesino. Yo trabajaba en el *country* hacía cinco años y me conocía todos los apellidos, pero a ellos los había visto muy poco. Un par de veces lo vi a él, cuando llegaba. Limpiaba los vidrios del portal y veía ba-

jarse de la camioneta y entrar a esa casa a un tipo gigante, con cara de dinero, de dueño. Los ricos tienen rasgos distintos, no sé si te diste cuenta. Debe de ser por los productos de belleza que usan, no sé, pero se le nota rápido lo rica que es a la gente en la piel, el pelo, las uñas. Es raro, porque tienen un aura, ¿viste?, una luz diferente. Ya me había acostumbrado a esas pieles, a esas caras, a esas formas de mirar. Ellos miran diferente. Es como si cuando te miraran no la estuvieran viendo a una, sino a toda su familia, a nuestros primos, sobrinos, todos. Bueno, la señora Rosario me dijo entonces que los Montesino estaban buscando empleada porque la anterior había quedado embarazada. «Lo de siempre», dijo ella, «esas putitas al primer hombre que ven ya se entusiasman». Me acuerdo que dijo así, «al primer», porque ahí justo pensé en el primer hombre que vi, y que cuando lo vi no sentí entusiasmo para nada, pero no se lo dije a la señora porque no me paga para que le cuente la historia de mi familia. Además a la Cari, la empleada anterior de ellos, la conocía del barrio y sabía que no era su primer hombre el que la dejó embarazada. Pero bueno, a lo que iba, que por eso empecé a trabajar con ellos, los Montesino, Raquel y Mario.

El primer día ya dije: «Acá pasa algo raro», porque un matrimonio sin hijos es algo extraño, ¿qué querés que te diga? Es una casa sin techo, no sé, algo incompleto, que no sirve para nada. Si Dios hizo al hombre y a la mujer fue para que hagan más hombres y más mujeres, en eso es sabio el Señor, la naturaleza, lo que

quieras, porque si no fuera así no hubiéramos sobrevivido a los dinosaurios, ¿viste?, es una cadena natural. Y aparte, después, ¿quién te cuida de vieja? Con lo difícil que es ser vieja, encima estar sola. Bueno, no sé, a mí me pareció rarísimo que con tanto dinero no tuvieran hijos, pero después me enteré por qué.

En realidad te cuento lo de los hijos porque fue lo que pensé cuando vi a Raquel por primera vez. No la había tenido nunca tan cerca hasta ese día y me vino justo eso, que se notaba que no había tenido hijos porque el cuerpo lo tenía bien. La estoy viendo como si fuera hoy, el cuello, los hombros, los brazos, las tetas. Me acuerdo de la piel de Raquel porque le brillaba, aunque los ojos también tenían algo, no sé, mágico. «Sos la de Rosario, ¿no?», me dijo, así como si con la señora Rosario fuéramos familia. «Sí», le contesté, porque sabía que en el *country* todos me conocían así porque la señora Rosario hablaba mucho de mí. Decía que como no me había embarazado en los años que llevaba en su casa le salí gauchita, rentable. Y yo la primera vez que escuché que decía eso de mí, «la chiquita esta me salió rentable», no sabía lo que era eso de rentable, así que lo busqué en el *cyber* después y me reía sola, porque es cuando algo te da dinero y yo decía: «Cómo le voy a dar dinero a la señora Rosario si ella tiene más que todos mis parientes juntos». Pero así me decía, rentable, gauchita, porque aunque estuviera de novia con el Johnny nunca había quedado embarazada y seguía trabajando sin parar. Pero, resumiendo, así fue como la conocí: ella me dijo que yo era de otra mujer y yo le miré las tetas.

Lo que pactamos al principio fue que iba a ir dos veces por semana a planchar, porque dijo que quería conocerme, verme trabajar, y después si todo iba bien podía empezar a limpiar y a cobrar la jornada completa. Pero ya la primera vez que entré a la casa encontré todo desordenado y a mí ordenar me sale, ¿viste?, lo tengo adentro. Es algo así, ¿cómo se dice eso que te sale sin pensar?, instantáneo, no, intuitivo, no sé, me es natural ordenar, eso quiero decir. Entonces, antes de ponerme a planchar le limpié todo el salón y ahí nomás fue que encontré las cartas. No me imaginaba que a ella le gustara el tarot, porque parecía más bien católica, de esas que están bautizadas, comunión, confirmación, todo, ¿viste?, pero también podía ser que además le gustara el tarot, ¿por qué no? Te decía, ese día llegué a las ocho en punto, toqué el timbre y me abrió él, vestido de traje pero sin corbata. Tenía la camisa un poco abierta y se le veía el vello del pecho plateado, brillando sobre la piel bronceada. Lo del color de los pelos me sorprendió porque se le notaba la edad más ahí que en la cabeza. Será que se tiñe las canas de la cabeza, pensé, como los actores. La cosa es que me dijo: «Ah, sos la nueva, pasá»; y yo le dije: «Sí, mucho gusto, señor». Y se partió de risa mientras se iba para el piso de arriba y me decía: «El Señor está en el cielo, querida. Yo soy Mario. A mí llamame así, que si no me siento un viejo». Eso me quedó grabado porque dos minutos después entré y vi las cartas en la mesa del salón, todas desparramadas y encima con El Ahorcado. Entonces lo até con lo del Señor y pensé

que quizás el católico era él y no ella, pero aparentaba, para darle el gusto. Lo que también me viene como un *flash* de ese día fue que él ni me saludó cuando se fue. Ella apareció en la cocina a eso de las diez y yo ya estaba planchando. Me preguntó si él se había ido temprano y no supe qué decirle, porque era mi primera mañana con ellos, y pensé: «Yo qué sé qué es temprano para ustedes, señora, si me levanto a las seis desde chiquita, eso es “temprano”». Pero ni bien lo pensé dudé si a ella le gustaría que le dijera «señora» o sería como él, que quería que le dijera por el nombre. Porque la señora Rosario, por ejemplo, quería que le dijera las dos cosas. Que pienso ahora que sería para que no me confundiera cuando estaba con otras señoras o para que le dijera así todo el nombre ese que es tan imponente, ¿no? Tiene mucha fuerza, por lo de la virgen. Pero Raquel no me aclaró nada cuando le dije: «No sé, señora, a las ocho me abrió y ya después no lo vi más». Y ahí fue que ella se me quedó mirando fijo mientras yo planchaba. Tenía puesta una bata de seda blanca y abajo nada. Ver su cuerpo así tapado nomás con un trapito me causó la misma impresión que los pelos de él, el contraste ese entre el blanco de la tela y la piel de ella, bronceada, brillante. Un escalofrío me dio. ¿Viste eso que sentís cuando arrastran las uñas por un pizarrón? Eso mismo sentí cuando se me quedó mirando como si fuera una extraterrestre y me dijo: «Veo que encontraste todo para planchar. Tenía razón Rosario, sí que sos gauchita».

Ahí en la cocina prendió la radio, se puso a hacer café y vio que había levantado todo del salón y lavado la copa de *gin-tonic*. También vio que le había envuelto las cartas en el lienzo que había encontrado tirado en el piso, que decía tarot por todos lados, así con flecos era, ¿viste esos que usan las que tiran? Cuando lo vi me di cuenta de que cantado era para eso. No sé si vos conocés alguna tarotista pero yo lo sé porque mi abuela iba mucho a lo de Nelly, una bruja del barrio que tiraba tarot, veía muertos, todo. Entonces, se quedó mirando las cartas en el mazo envueltas en el lienzo como se me había quedado mirando antes. Se le notaba que pensaba, sacaba conclusiones, iba, no sé, conociéndome con el pensamiento. ¿No te pasa que pensás que alguien es de una forma y la otra persona te sorprende? Que es lo más lindo, en realidad, porque uno siempre imagina cosas antes de conocer a los demás, ¿no? A mí me pasó cuando lo conocí al Johnny, lo vi y dije: «Listo, este me va a proponer casamiento al toque». Es todo así serio el Johnny. Es policía, por eso, pero no me quiero ir por las ramas. Lo que pasó ese día, lo que me dijo ese día, te lo tenés que acordar bien, porque es lo que después terminó haciendo que yo esté acá, ¿te das cuenta? Es que las cosas a veces no pasan en el tiempo, sino que es más como que están enrolladas en un ovillo todas juntas, y si vos seguís el hilo de lo que te voy a decir ahora me vas a entender. Ella miró un rato el ovillo de toda esta historia en el lienzo y dijo: «Gracias por levantar las cartas. Si Mario las ve, me mata».

Y así fue nomás, Mario nunca vio las cartas, yo siempre me ocupé de esconderlas. Ya había habido algunas cositas así en el *country*, no de que los tipos las maten, por suerte eso no, pero la señora Rosario me había contado que los Fernández Ríos estaban a punto de divorciarse por eso de que él tomaba de más, le gustaba atar a la mujer, y a veces la ataba muy fuerte y le quedaban marcas que la señora Rosario le veía cuando jugaban al tenis juntas. O lo del presidente de la administración de vecinos, también me contó una vez, que tenía ya tres denuncias por golpes, pero de la exmujer, no de la que vivía ahora con él ahí, que era «una conchudita mantenida», dijo la señora Rosario. Y yo pensaba, si todas acá son mantenidas, ¿qué tendrá de distinto esta para que le diga conchudita? Pero así es la señora Rosario, le gusta insultar mucho. Será que eso la hace sentir importante, porque es verdad que si vos insultás a alguien, un poco más de poder tenés, ¿no? Si yo te dijera, por ejemplo: «Dale, hija de puta, escribí, escribí que te voy a contar por qué mierda estoy acá, cómo carajo hicieron esos hijos de remil putas para engatusarme y meterme en el pozo de mierda este del que no voy a salir en mi puta vida, porque todos esos forros lo único que saben hacer es usar a las negras como nosotras para limpiar sus trapos sucios, para esconder sus mierdas, para meterte en sus fotos de familia perfecta y después acusarte de asesinato». Si te dijera eso vos vas a pensar que yo me creo más importante que vos porque te agredo, ¿no? Pero no, a mí no me gusta in-



sultar porque a la abuela no le gustaba, decía que por cada mala palabra que decís, un angelito del cielo se muere. Y se ve que me lo dijo mucho de chiquita porque me quedó grabado a fuego.